

EL P. GABRIEL GUARDA OSB, PREMIO NACIONAL DE HISTORIA 1984

El 25 de agosto de 1984, a la salida de una misa que había concelebrado con el Sr. Arzobispo de Santiago de Chile, Mons. Juan Francisco Fresno, en la Universidad Católica, el P. Gabriel Guarda, actualmente Prior del Monasterio de Las Condes, asediado de improviso por numerosos fotógrafos y periodistas, se enteró de que se le acababa de otorgar, y por unanimidad del jurado, el Premio Nacional de Historia. Si bien esto constituyó una sorpresa, que el agraciado recibió con sentido de humor y humildad (dijo que el jurado había actuado "benévolamente"), no fue tan inesperado para todos los que conocen la larga trayectoria del P. Guarda en la investigación histórica, plasmada hasta el momento en 18 libros, 117 artículos de revistas e innumerables obras menores.

Ya antes de entrar al monasterio había publicado una "Historia de Valdivia, 1552-1952", su ciudad natal, no superada hasta el día de hoy. En 1958, y habiéndose titulado de arquitecto en la Universidad Católica de Chile, ingresó al monasterio benedictino de Las Condes, en el cual, terminados sus estudios de teología, ha desempeñado los cargos de Maestro de novicios y de Prior. Las obras históricas que fueron emergiendo de las silenciosas y fecundas horas pasadas en su celda monacal abarcan principalmente tres ámbitos: Historia de la Iglesia, Historia urbana e Historia regional (es decir, del Sur de Chile). Destaquemos entre sus libros más importantes: "Los laicos en la cristianización de América" (1973); "La implantación del monacato en Hispanoamérica, siglos XVI - XIX" (1973); "La cultura de Chile austral antes de la colonización alemana 1645-1850" (1976); "Historia urbana del reino de Chile" (Santiago 1978); "Iglesias de madera, Cautín - Llanquihue" (1983). En el momento de recibir el preciado galardón histórico, estaban en la imprenta otras dos obras muy significativas: una sobre las iglesias de la isla de Chiloé y otra sobre los centros de evangelización de Chile a partir de 1541. Nos llevaría demasiado lejos desbrozar siquiera el material histórico acumulado y generosamente entregado en sus artículos de revistas, entre ellas también "Cuadernos Monásticos".

El P. Gabriel es un historiador nato, un arquitecto de permanentes "menciones honrosas" (aludimos en esta rúbrica a su notable trabajo en la restauración del monasterio de benedictinas de Mendoza de Rengo), pero, antes que nada un monje benedictino convencido y admirablemente fiel a su vocación. No se trata en él de tres realidades diferentes o quizás independientes entre sí, sino que es su ser profundamente religioso el que proporciona el humus fecundo tanto a la manifestación de lo erudito como de lo estético. Preclaros nombres trazan ya en los anales benedictinos este camino de síntesis entre los trascendentales de la bondad, la verdad y la belleza; mencionemos aquí sólo a san Beda el Venerable, a Alcuino, a Dom Jean de Mabillon, todos ellos maestros de espiritualidad, maestros de historia, maestros de arte.

En la confluencia de estas vocaciones se encuentra en la vida del P. Gabriel Guarda la rica personalidad de don Jaime Eysaguirre († 1968), historiador chileno-

no eminente y oblato benedictino muy querido. Entre los años 1948 y 1968 (el de su trágica muerte) era posible encontrar a don Jaime casi todos los domingos en la misa conventual del monasterio de Las Condes. Terminada la Eucaristía, él y un grupo de amigos y discípulos eran invitados por los monjes a tomar desayuno en el refectorio. Durante este desayuno y en el tiempo que transcurría hasta la hora de Sexta, don Jaime animaba una charla amena, a ratos chispeante, siempre muy alegre y espiritual, sobre los más atrayentes temas, sembrando en el corazón de más de un estudiante el deseo de la consagración o de un compromiso cristiano más firme en la no menos importante misión del trabajo y de la familia.

Chile poseía y posee una rica tradición historiográfica. Pero hasta Jaime Eysaguirre había predominado en ella el enfoque liberal, indiferente u hostil a la visión religiosa. Para esta tendencia el pasado colonial era una época de tiránica represión y triste oscurantismo, mientras que identificaba la época de la República con la libertad y el progreso. En Jaime Eysaguirre este dualismo se había superado, cediendo a una visión unitaria en la que la identidad nacional se centraba en los valores del catolicismo. Gabriel Guarda, que como joven estudiante de arquitectura participaba asiduamente de estas reuniones dominicales, heredó de Jaime Eysaguirre este enfoque de la historia americana, intensificándolo hasta un grado muchas veces mayor y más amplio que el de su maestro. Pero al mismo tiempo, en aquel oratorio monástico, en el refectorio, bajo la sombra de los árboles en que tenían lugar estas tertulias, Gabriel iba sintiendo el llamado a la vida benedictina. El ojo avizor de Jaime Eysaguirre se había percatado hacía tiempo de esta nueva realidad y se impacientaba ante la imperturbabilidad característica del joven estudiante, llegando a exclamar un día ante el P. Prior del monasterio: "¡Hasta cuándo este hombre no se dará cuenta de que tiene vocación de monje!"

Felizmente se dio cuenta, compensando la prudencia inicial, que recién a los treinta años le había decidido a "empuñar las preclaras armas de la obediencia" (RB, Pról.), con una andadura de perseverancia y fidelidad sin sobresaltos, amenizada siempre por la luz del optimismo cristiano.

Cuando el 15 de noviembre de 1984, en presencia del Sr. Ministro de Educación Horacio Aránguiz le fue entregado al P. Guarda el diploma del premio Nacional de Historia (que confería al así honrado una suma de dinero y una renta vitalicia) el historiador Ricardo Krebs, encargado del discurso de circunstancias, manifestó entre otros los siguientes conceptos que pueden interesar en el contexto de esta crónica y de esta revista:

"Quizás logremos entender esta armónica unidad en la vida y obra de Gabriel Guarda si recordamos que, según la idea fundamental de san Benito y de los monjes, el hombre es un "viador", que debe buscar su camino para alcanzar su meta. San Benito buscó y encontró un camino y, por medio de su Regla, estableció un orden que regula la existencia de los que se someten a esta regla. El monje benedictino no tiene necesidad de trazar proyectos para su futuro. El proyecto de su vida ya está definido. Es y sigue siendo un "viador"; un caminante, pero su camino está trazado y así queda libre para dedicar su vida a la oración y el trabajo".

Esta libertad, exenta de angustias y retorcimientos, se refleja en la persona y la obra del P. Gabriel, quien termina con estos términos la entrevista que le hiciera el diario "Mercurio" en las semanas después de su nombramiento para el Premio Nacional:

El Mercurio: "¿P. Guarda, cómo podría Ud. transmitir a nuestros lectores sus fuentes de esperanza?"

P. Guarda: "Dios es nuestra esperanza. Los lemas de los benedictinos son 'Paz' y 'Ora et labora'. Yo quisiera transmitir eso, porque en esta forma vivimos alegres, con optimismo, sin poner el acento en lo negativo. El lema y la realidad de la paz, vivida primero y comunicada después, diría que es el gran mensaje que todo benedictino tiene que dar siempre y es lo que el Santo Padre pide que demos como testimonio".

Monasterio de S. Benito de Llú-Llú
Cas. 501 – Limache – Chile

Mauro MATTHEI, osb

Por la eficacia de su divino poder, Dios hará desaparecer todo lo que impide a los hombres establecerse en el misterio auténtico de su sabiduría. Así como por un acto de su voluntad El los creó, de igual manera El los consumará voluntariamente, de acuerdo con el don que El mismo ha hecho de la resurrección.

JUAN DE APAMEA – Diál. 2